



Orlando en el campo de los Sarracenos. (T. I, p. 127.)

CANTO IX.

Primeras y extraordinarias proezas de Orlando. — Principia la narracion de los infortunios de Olimpia. — Hazañas del héroe en Holanda. — Da muerte á Cimosco y libertad á Bireno. — Apodérase del arma encantada del rey frison y la arroja al mar. — Ficción del poeta sobre el descubrimiento de la pólvora.

¿Qué, qué no háras, Amor, de aquel que triste  
El cuello rinde á tu coyunda impía,  
Cuando olvidar al conde Orlando hiciste  
La sumision que á su señor debia?  
El que, cuerdo y zeloso, hasta aquel dia  
La santa Iglesia defendió, lanzado  
Hoy vive en el abismo  
De su pasion frenética, olvidado  
De su rey, de su Dios y de si mismo.

Yo, sin embargo, excúsote gustoso  
Y me huelgo de hallar tal compañero;  
Que, si en seguir el bien soy perezoso,  
Del mal tal vez me lanzo en el sendero.

En el silencio de la noche, el conde,  
Solo, cual dije, parte y llega adonde,  
En tiendas de campaña,  
Estan las gentes de África y de España.  
¿Qué digo en tiendas? Lluvia espesa y fria  
Por aquí y por allí los esparcia.

De los unos los otros no distantes,  
En grupos de ocho y doce y quince y veinte,  
Bajo un techo ó un árbol abrigados,  
Treguas dan á sus miembros fatigados.

Uno, en tierra tendido,  
Otro, apoyado sobre el brazo, duerme  
A la merced del principe aguerrido;  
Mas de herir al que inerme  
Dormido yace el paladin se corre.

Ciego, buscando la adorada huella,  
 Los pabellones árabes recorre.  
 Si despierto á alguien ve, de la doncella  
 El ademan y el traje le describe;  
 Nuevas ansioso le pregunta della,  
 Y el camino le ruega que le diga  
 Que, para hallarla, es menester que siga.

Ceñido el pecho de armadura mora,  
 Y en la lengua del África versado  
 De tal modo que, oyéndole, cualquiera  
 En Trípoli nacido le creyera,  
 Busca Roldan á aquella á quien adora,  
 Sin temer que en las tiendas enemigas  
 Le venga á sorprender la nueva aurora.

Tres noches y tres dias se detiene  
 Allí con este objeto; y, su impaciencia  
 Viendo que al fin satisfacer no obtiene,  
 La Gascuña recorre, la Provençia,  
 Desde Auvernia dirigese á Bretaña  
 Y del picardo término al de España.

Reinaba la estacion en que abandona  
 Todo árbol su odorífero ropaje,  
 Y en que las aves de gentil plumaje  
 Juntas se van á mas templada zona,  
 Cuando emprendió el de Anglante su carrera,  
 Sin que ni la canícula ni el frío  
 Un solo instante demorar le hiciera.

A la márgen de un río  
 Que, al Bretón dividiendo del Normando,  
 Hacia el vecino mar, manso, se mueve,  
 Llega el guerrero en ocasion que, henchido  
 Con gruesa masa de fundida nieve,  
 De su cauce ha salido,  
 Y en su furor el puente ha destruido.

Mientras corriendo de uno hácia otro lado,  
 Un puente busca el paladin ó un vado,  
 Rigiendo una barquilla  
 Y sentada en su popa, á una doncella

Ve que por señas llámale. A la orilla  
 No deja, empero, que su barca toque,  
 Por temor de que en ella,  
 Mal de su grado, el héroe se coloque.

A esta doncella el conde  
 Ruega que á la otra márgen le conduzca,  
 Y á sus súplicas ella así responde:

« Oh caballero, oh tú quienquier que seas,  
 « Si en esta barca el pié poner deseas,  
 « Tu palabra has de dar que ántes de un mes  
 « A unirte irás á la soberbia flota,  
 « A cuya frente una insula remota  
 « Piensa embestir el príncipe irlandés.  
 « Al norte existe de la mar de Irlanda  
 « Esta tierra fatal llamada Ebuda.  
 « Legislacion infanda  
 « A sus rapaces moradores manda  
 « Los mares recorrer y hacer cautivas  
 « Cuantas puedan hallar jóvenes bellas.  
 « Su objeto es exponellas  
 « Al rencor de una fiera destructora  
 « Que una por dia sin piedad devora.  
 « Si la voz del honor, si la voz mía,  
 « Despiertan tu valor y cortesía,  
 « Gracias rinde á la suerte que benigna  
 « Para tan alta empresa te designa. »

Dice; y no puede el ínclito guerrero  
 Acabar de escuchar. Ser el primero  
 A acometer tan alta empresa jura,  
 Que á su Angélica ya ver se figura  
 En poder de aquel pueblo audaz y fiero,  
 Y crece su temor cuando medita  
 Que, con inútil cuita,  
 Buscándola corrió ya el orbe entero.  
 De tal modo le agita  
 Esta sospecha, que sus planes muda  
 Y le decide á encaminarse á Ebuda.

A la tarde siguiente

Llega á San Malo. Embárcase , y la vela  
Al viento desplegando , diligente  
Deja á su espalda San Miguel y vuela  
Por la alta mar. A su siniestra mano  
Quedan Breaco y Landriller. La quilla  
Siguiendo siempre el litoral britano ,  
Llega á la blanca arcilla  
Que el nombre dió de Albion á aquella orilla.

Mas el viento , que solo  
Hasta entónces sopló por mediodía ,  
Soplando entre poniente y entre el polo ,  
Les hace desandar en solo un dia  
El camino de cuatro. De congoja  
Y de espanto cubierto , al marinero  
Manda el patron que , sin tardar , recoja  
Las velas todas y que esfuerzos haga  
Por contrastar del mar la furia aciaga.  
Al cuarto dia en fin el viento cede ,  
Y entrar la nave puede  
En el soberbio rio que desata ,  
Al pié de Ambéres , su raudal de plata.

En el bajel la maltratada gente  
Corta del rio la veloz corriente ,  
Cuando en la orilla , hácia la diestra mano ,  
Se deja ver un venerable anciano  
Que , al héroe saludando cual á un hijo ,  
De esta manera en voz cortés le dijo :  
« En nombre de una bella  
« Cuanto afligida dama te suplico  
« Que , siguiendo mi huella ,  
« Á proponer un medio  
« Vengas de dar á su dolor remedio.  
« Hasta tu nave á verte  
« Ella misma vendrá , si así te agrada ;  
« ¡ Mas ah ! su infausta suerte  
« No encuentre tu alma á la piedad cerrada ;  
« Otorga á la voz mia  
« Lo que nadie ha negado hasta esta dia. »



El anciano, mensagero de Olimpia, pide á Orlando su amparo.  
(T. I, p. 130.)

• A tierra salta, oyéndole, el guerrero,  
Y, lleno de bondad y cortesía,  
• Sigue al anciano, que sus pasos guía.  
De un alcázar así llega á la entrada.  
Su escalera subiendo, en lo alto della  
Una hermosa doncella  
Mira, en dolor profundo sepultada.  
Paño enlutado esconde  
Los muros, y los techos, y los muebles  
De las salas y cámaras, en donde,  
La bella dama introduciendo al conde  
Y haciéndole sentar, de esta manera  
Le habló con voz turbada y lastimera :  
« Ante tus ojos tienes,  
« Noble señor, del conde de la Holanda  
« A la hija malhadada, á la que un día,  
« Bien cual si fuese su única heredera,  
« De un padre amante fuera  
« La gloria, la esperanza y la alegría.  
« Feliz en este estado yo vivía  
« Cuando, por caso, vino á vuestra corte  
« El duque de Zelandia, que á Vizcaya  
« A combatir contra los moros iba.  
« Su presencia marcial, su noble porte,  
« Su juventud mi corazón cautiva,  
« Y al mirar el amor que me profesa,  
« En el suyo mi afecto se interesa.  
« Cuarenta días, que cual un momento  
« Trascurrieron veloces,  
« A nuestro lado lo detuvo el viento,  
« Contrario á los demás, á mi propicio.  
« Antes de su partida veces ciento  
« Nos vimos, nos hablamos  
« Y reciproco afecto nos juramos.  
« No bien partió mi amante,  
« El rey frison, de cuyo reino el mío  
« Separa solo el río  
« Que al mar vecino á sepultarse viene,

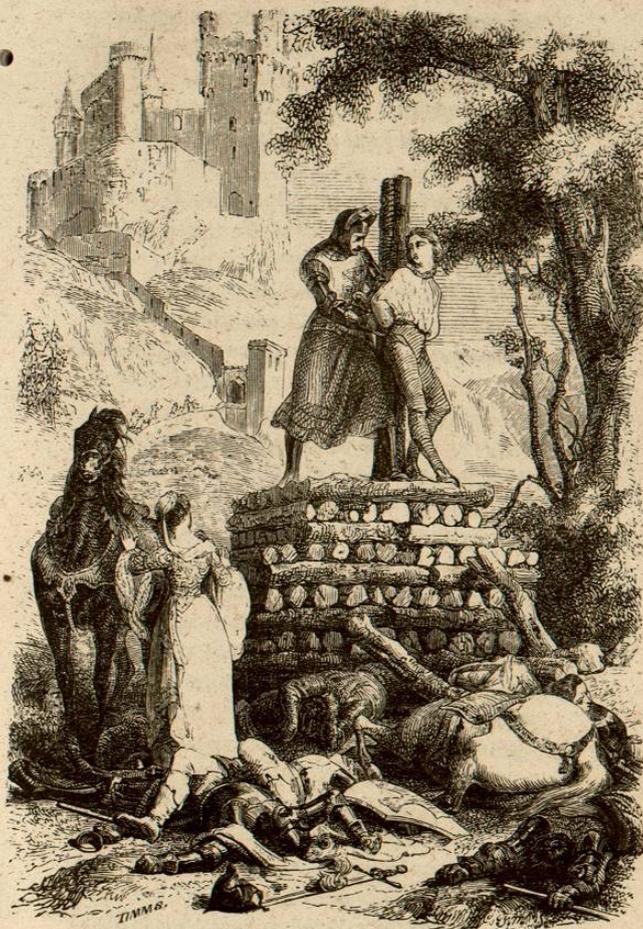
« El rey frison á Arbante,  
 « Hijo suyo, y el único que tiene,  
 « Queriendo dar mi mano y mi albedrío,  
 « Para pedirme en nombre suyo, á Holanda  
 « A los magnates de su reino manda.  
 « Yo, que á la fe jurada no podía  
 « Faltar, y que, aun pudiéndolo, de ingrata  
 « Merecer el dicitario no queria,  
 « A mi padre declaro que la muerte  
 « Preferiré mil veces á tal suerte.  
 « Este, que solo de agradarme trata,  
 « De lo pasado á discurrir no vuelve,  
 « Y, deseoso de calmar mi cuita,  
 « Las entabladas pláticas disuelve.  
 « A tal respuesta duelese y se irrita  
 « El rey frison, y á comenzar se apresta  
 « La lid que tanto á mi familia cuesta;  
 « Pues, además de que hoy difícilmente  
 « Fuerza igual á la suya se encontrara,  
 « Y que á su astucia rara  
 « No hay poder ni ardimiento que resista,  
 « Consigo lleva siempre un arma rara,  
 « Por modernos ni antiguos jamas vista.  
 « De hueco hierro y de dos brazas larga  
 « Es esta arma fatal, que el rey malvado  
 « Con unos polvos y una bala carga.  
 « En su extremo inferior hay horadado  
 « Un agujero, perceptible apenas,  
 « Do tocando la chispa sutilmente,  
 « Cual tocar suele el médico una vena,  
 « Lanza del seno ardiente,  
 « Con furia horrenda y con fragor, la bala,  
 « Que, cual rayo voraz, retumba y truena,  
 « Y derriba, destroza, incendia y tala.  
 « Dos veces en derrota  
 « Con este ardid á nuestras gentes puso,  
 « Muerte fatal á mis hermanos dando.  
 « Del uno, según uso,

« El broquel y la cota atravesando,  
 « Recta la bala al corazón envía.  
 « Huye el segundo al ver su suerte impia;  
 « Mas la carrera córtale otra bala  
 « Que, aunque lanzada de muy largo trecho,  
 « Hierde en la espalda y sale por el pecho.  
 « Mi padre el conde, en situación tan triste,  
 « Marcha al único fuerte  
 « Que fiel le queda y con tesón resiste,  
 « Por ver si logra conjurar su suerte;  
 « Mas mientras á todas partes afanado,  
 « Dando socorros y órdenes, asiste,  
 « La muerte, entre humo y polvo envuelta, vino  
 « A Poner allí fin á su destino.  
 « Muertos así mis deudos desgraciados,  
 « Y dueña yo de todos sus estados,  
 « Quedo expuesta al furor y á la codicia  
 « Del rey frison, que mi insula apetece,  
 « Y que la paz me ofrece  
 « Si, queriendo lo que ántes no he querido,  
 « Acepto á su hijo Arbante por marido.  
 « Estimulada yo por el exceso  
 « Del odio que profeso  
 « A aquel de quien fui víctima infelice,  
 « Y la promesa al recordar que hice  
 « Al duque de guardar mi fe y mi mano  
 « Hasta su vuelta del confin hispano,  
 « En vez del mal que sufro, preparada  
 « Estoy, respondo, al mas cruel tormento;  
 « Viva me abrasen, que se esparza al viento  
 « Mi ceniza, en buen hora; mas no digan  
 « Que á ser esposa del frison consiento.  
 « Mi gente, empero, consternada y triste  
 « A disuadirme de este intento aspira,  
 « En que el origen de su ruina mira;  
 « Y, viendo en fin que vano es todo el tacto  
 « Con que ora exige, ora amenaza ó ruega,  
 « Ligándose á Cimosco por un pacto,

« Con mi persona mi ciudad le entrega.  
 « Vuelve el rey á su empeño y me conjura  
 « Que dé mi mano á Arbante, y vida, y bienes  
 « Y trono conservarme me asegura.  
 « En esta situacion, pienso de nuevo,  
 « Primero que ceder, perder la vida;  
 « Mas no, morir no debo  
 « Sin vengar tanta afrenta recibida;  
 « Y, en medio á mi suplicio,  
 « Llamando á mi socorro al artificio,  
 « Finjo olvidar mi obstinacion primera  
 « Y al rey pido perdon y ser su nuera.  
 « Luego, de entre los varios que al servicio  
 « De mi padre infeliz un tiempo fueron,  
 « Escogí dos hermanos  
 « Llenos de probidad, de ingenio y juicio.  
 « En la corte de Holanda, y á mi lado,  
 « Uno y otro educado  
 « La vida dieran por salvarme. Cuales  
 « Mis planes son les digo,  
 « Que ellos me juran auxiliar. Conmigo  
 « Queda el uno en Holanda, mientras á Flándes  
 « El otro parte por fletar un buque;  
 « Y, en tanto que á frisonés y á extranjeros  
 « A asistir á mi boda se invitaba,  
 « Llegó la nueva que mi caro duque,  
 « Por acudir á la defensa mia,  
 « Una flota en Vizcaya prevenia.  
 « Pues, no bien supe el hado del primero  
 « Hermano mio en la fatal demanda,  
 « A España un mensajero  
 « Despaché presto con la nueva infanda;  
 « Mas mientras el duque viene y se apercibe,  
 « Señor de toda Holanda  
 « Hizo al frison su audacia y su codicia.  
 « Así pues, no bien llega á su noticia  
 « Nuestro plan, de la boda  
 « Todo el quehacer encomendando á Arbante,

« Contra mi caro amante  
 « Al frente marcha de terrible flota;  
 « Encuéntralo, y le ataca y le derrota  
 « Mientras, ignorando cuanto allí pasaba,  
 « Mi fe y mi mano al príncipe yo daba.  
 « Oculto, empero, un servidor celoso  
 « Detras de las cortinas yo tenia,  
 « El cual, viendo á mi esposo,  
 « Que á coronar su afán venir creia,  
 « Con vigoroso brazo  
 « El hacha alzando, á tierra le derriba,  
 « Como derriba al buey robusto mazo.  
 « Sobre el entónces yo me precipito,  
 « Y de sus hombros la cabeza quito  
 « Al hijo del malvado  
 « Que de paz y de dicha me ha privado,  
 « Y cuya saña y ambicion proterva  
 « Acaso, acaso á muerte me reserva.  
 « Presto, y temiendo que de tal suceso  
 « La nueva cunda, entre mis joyas tomo  
 « Las de mayor valor y menor peso;  
 « Al mar por una escala me desplomo,  
 « Y hasta la barca que de Flándes traje  
 « El un hermano, con el otro bajo.  
 « La vela al viento entonce, al agua el remo  
 « Encomiendo, y mi suerte al Ser supremo.  
 « Triunfante, ufano, en medio de su gente,  
 « Con su rival cautivo  
 « Retornaba el frison al sol siguiente  
 « Cuando, á tierra saltando, en vez de fiesta  
 « Y pompa y regocijo,  
 « El cadáver sangriento ve del hijo.  
 « A su vista, no sé cual fué mas fuerte,  
 « Su pena ó su furor; mas, como advierte  
 « Que de la tumba, al que una vez descende,  
 « Amargo llanto á recabar no alcanza,  
 « Mientras la llama que el furor enciende  
 « Puede calmar un tanto la venganza,

« Olvida el rey su angustia  
 « Y á la venganza manda que investigue  
 « Como me prenda y como me castigue.  
 « Despues, á cuantos oye, piensa ó sabe  
 « Que mis amigos son ó los de aquellos  
 « Que en aquel caso grave  
 « Me prestaron apoyo, de sus bienes  
 « Despoja, prende, mata á muchos dellos,  
 « Y no encontrando, en su furor protervo,  
 « Castigo mas acerbo  
 « Con que vengar la recibida ofensa,  
 « Dar cruda muerte á mi Bireno piensa.  
 « Presto, empero, notando que este medio  
 « Irreparable daño,  
 « En vez de bien, ocasionarle puede,  
 « Con la existencia el término de un año  
 « A Bireno concede  
 « Para que, ya por fuerza, por engaño,  
 « O por todo arbitrio,  
 « Me ponga en su poder, de tal manera  
 « Que á Bireno salvar yo no podia  
 « Sino dando por él la vida mia.  
 « Por darle libertad no hay medio alguno,  
 « A excepcion de entregarme,  
 « Que mi pasion no me haya sugerido :  
 « Seis castillos en Flándes he vendido,  
 « Y, escaso ó grande, todo su provecho  
 « Con este único objeto he consumido ;  
 « Parte, usando la astucia ó el cohecho,  
 « Parte, en contra del rey, con larga mano,  
 « Excitando al Tudesco y al Britano.  
 « Las gentes que empleé, ya que malvado  
 « Fuese su proceder, ya fuese necio,  
 « Con promesas hasta hoy me han engañado  
 « Y hoy me miran con lástima ó desprecio.  
 « Mas próximo ya el dia  
 « Está, pasado el cual, poder ni precio  
 « Habrá que baste á mejorar mi suerte,



Zerbin libertado por Orlando. (T. I, p. 436.)

UNIVERSIDAD DE PISA 1881  
 BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
 ALFONSO  
 Vol. 1425 MAR 22 1881